

NI UNA MÁS: CUARENTA ESCRITORES CONTRA EL FEMINICIDIO*

SELECCIÓN DEL LIBRO

Ferri, Clara y Lorusso, Fabrizio
(Coordinadores)

Prólogo

Este libro, cuyo título original es *Nessuna più. Quaranta scrittori contro il femminicidio*, nace entre 2012 y 2013 en Italia por la iniciativa de la escritora y profesora Marilù Oliva, quien decidió hacer un llamado a colegas narradores, poetas y periodistas, sensibles e indignados frente a la violencia de género y, en especial, ante el fenómeno nacional y global del feminicidio, para que escribieran un cuento basado en un hecho real; con la finalidad de que la crónica periodística, muchas veces de corte amarillista y reduccionista, pudiera trascender y convertirse en algo más, en un texto que diera cuenta de las verdades negadas y deliberadamente ocultas detrás de la violencia de género.



*Ni una más: Cuarenta escritores contra el feminicidio.
(2017)

México: Universidad Iberoamericana León.

De venta en la Librería

Gonzalo de Tapia S.J.;

nos puedes contactar en el

Facebook: Publicaciones Ibero

León o al correo

[margarita.ortega@](mailto:margarita.ortega@iberoleon.mx)

iberoleon.mx

Entonces, en 2013, la editorial Elliot de Roma mostró interés y valentía para editar y publicar una obra colectiva, coordinada por Oliva, en la cual participaron cuarenta autores que, pese a sus diferentes trayectorias profesionales y estilos de expresión, aceptaron el doble desafío de acercarse a estas historias dolorosas y tratar de contarlas. Los autores resolvieron apoyar con sus regalías a la histórica asociación italiana *Telefono Rosa* para la defensa de los derechos de las mujeres, la cual también colaboró en la difusión de la obra.

Fue un experimento difícil pero valioso. La capacidad de visibilización de la problemática y de denuncia que posee la literatura comprometida con el entorno social llega a ser impactante y duradera, al romper el ruido informativo y la indiferencia difusa y cotidiana e ir más allá de las modas mediáticas y de las agendas políticas cambiantes.

Tanto en México como en Italia, hay sectores de la clase política que tienden a minimizar cínicamente los crímenes de género de los cuales, en realidad, llegan a ser corresponsables por conveniencia, inercia u omisión. Por parte de las autoridades y de segmentos de la opinión pública se llega incluso a sostener absurdas tesis negacionistas del problema, como si se tratara simplemente de cifras y estadísticas manipulables que no muestran nada, o bien, de realidades circunscritas a lo local y al ámbito de la vida privada de una pareja o de una familia. Se niega, en cambio, la permanencia de un fenómeno estructural complejo que está arraigado en la cultura, en una visión distorsionada de la masculinidad y en las mismas instituciones del país.

Por otro lado, durante años los sectores conformistas y acomodados de los medios de comunicación y de la sociedad se han encargado de crear narrativas tóxicas y deformadas sobre un fenómeno social endémico y gravísimo, transformándose, así, en sujetos sociales indiferentes, cómplices del poder, y no en pivotes del progreso y de la crítica que deberían caracterizar a la vida democrática de un país.

La misma Oliva, en su prólogo a la edición italiana, destaca cómo la Relatora Especial de las Naciones Unidas sobre la Violencia Contra las Mujeres y la CEDAW (Convención para la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra las Mujeres) han manifestado su preocupación por las muchas cuestiones no resueltas al respecto en Italia y han emitido varias recomendaciones, debido a factores tales como: el inquietante número de asesinadas, la persistencia de tendencias socio-culturales que minimizan o justifican la violencia doméstica, las respuestas casuales y discontinuas de las instituciones, el escaso reconocimiento dado a las asociaciones que desde hace años promueven la igualdad de género y el respeto de las diferencias, las violaciones a los derechos humanos, el silencio institucional sobre la persistencia de una difusa representación estereotipada y envilecedora en los medios y la publicidad de las mujeres y de sus funciones en la familia y en la sociedad y, finalmente, una información que muy a menudo cuenta de manera obsoleta y sensacionalista la violencia sobre las mujeres, llegando incluso a legitimar el comportamiento de los hombres violentos.

En México, sin lugar a dudas, estas dinámicas son muy parecidas y extremas, arraigadas y hasta epidémicas. A raíz de los movimientos de denuncia de los feminicidios en Ciudad Juárez desde la década de 1990, el país, sus activistas y defensores de derechos humanos han sido pioneros en la construcción de la verdad y la exigencia de justicia para miles de casos que pudieron darse a conocer en el exterior y que, finalmente, fueron llevados ante instancias internacionales. La condena emitida en noviembre de 2009 por la Corte Interamericana de Derechos Humanos en el caso del “Campo Algodonero” fue histórica y reconoció claramente las responsabilidades del Estado mexicano en las graves violaciones de los derechos humanos en contra de Esmeralda Herrera Monreal, Laura Berenice Ramos Monárrez y Claudia Ivette González, dos de ellas menores de edad, víctimas de feminicidio, como centenares de mujeres más, en Ciudad Juárez. Una difícil realidad, hecha de violencia estructural de género y de misoginia social, judicial, mediática, policiaca y gubernamental, fue emergiendo y fue denunciada, pero la verdad y la lucha se han construido y se construyen a costa de la vida de un sinnúmero de mujeres.

Dolorosa y lentamente México ha tenido que enfrentarse a la problemática y ha sido pionero en la tipificación legal del delito de feminicidio, entendido a nivel federal como la privación de la vida de

una mujer por razones de género, es decir: “Cuando concurra alguna de las siguientes circunstancias: I. La víctima presente signos de violencia sexual de cualquier tipo; II. A la víctima se le hayan infligido lesiones o mutilaciones infamantes o degradantes, previas o posteriores a la privación de la vida o actos de necrofilia; III. Existan antecedentes o datos de cualquier tipo de violencia en el ámbito familiar, laboral o escolar, del sujeto activo en contra de la víctima; IV. Haya existido entre el activo y la víctima una relación sentimental, afectiva o de confianza; V. Existan datos que establezcan que hubo amenazas relacionadas con el hecho delictuoso, acoso o lesiones del sujeto activo en contra de la víctima; VI. La víctima haya sido incomunicada, cualquiera que sea el tiempo previo a la privación de la vida; VII. El cuerpo de la víctima sea expuesto o exhibido en un lugar público”.

Es en este contexto que yo, en calidad de autor de un cuento del volumen, y Clara Ferri, militante, docente y traductora italiana radicada en México, decidimos unir fuerzas y contactos para coordinar la traducción del italiano al español y la edición mexicana de *Ni una más. Cuarenta escritores contra el feminicidio*. En su calidad de profesora en la Especialización de Traducción, dentro de la carrera de Letras Italianas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Clara pudo reunir a un equipo de traductores altamente calificados, quienes son estudiantes o egresados de la carrera, para que se encargaran de traducir un cuento cada uno. También pedimos un apoyo al gobierno de Italia y al Instituto Italiano de Cultura a través de una convocatoria y conseguimos un estímulo para la traducción y edición del libro. Después de la fase de revisión y corrección, empezamos a buscar editoriales interesadas en publicar la obra en México y, tras conseguir el aval de la editorial italiana Elliot y de los autores de la antología, pudimos finalmente encontrar el interés de la editorial de la Universidad Iberoamericana de León, Guanajuato, para que *Ni una más* pudiera imprimirse y difundirse.

Conscientes de que sólo se trata de un granito de arena para seguir haciendo visible la problemática de la violencia de género, del feminicidio y de los otros graves conflictos que vivimos en México, nos sentimos profundamente agradecidos con todas las personas que han apoyado y colaborado para que este esfuerzo colectivo tomara la forma y el contenido que ahora pueden tener en sus manos.

Fabrizio Lorusso

Ni una asesinada más, ni una mujer menos

Literatura para gozar del derecho a la vida

¿Qué es la literatura? Algo, quizá lo único que puede describir la violencia sin generarla. Que nos ayuda a comprender sus mecanismos sin justificarla. Un sucederse de palabras y emociones, de actos figurados y narraciones que nos permite reconocer la realidad que nos rodea, reportándola a mundos inexistentes o a situaciones más que cotidianas. Cuando 23 escritoras y 17 escritores italianos han decidido gritar ¡Ni una más!, consigna acuñada en 1995 por la poeta juarese Susana Chávez contra el feminicidio y retomada por miles de madres, padres, feministas indignadas, enojadas, decididas a no normalizar el asesinato de más mujeres, refieren la muerte en familia, el estupro, el fuego, el control obsesivo, el encubrimiento, la supremacía de clase y género, la extrema delgadez como constricción aniquiladora. Como negación del derecho a la vida. Sus cuentos, sus casi poemas y sus crónicas cotidianas evidencian y ponen sobre aviso ante las manifestaciones del odio que se disfraza de amor, de las obsesiones que aniquilan la voluntad de la persona a someter, de los vínculos entre figura y posesión, de las solidaridades entre mujeres, las complicidades de los victimarios, los escenarios, las amenazas.

Así despierta la conciencia. O más bien, también así se aviva la conciencia: de la palabra comprometida, cercana, emocionalmente involucrada.

Ahora bien, ¿por qué traducir al español de México narraciones italianas que reportan un tipo de feminicidio que coincide y no con el mexicano? Italia es el país europeo con más feminicidios al año, casi uno cada dos días: algo que las y los escritores perciben como un genocidio casero, usual, de un país que hasta 1981 reconoció la existencia de “delitos de honor” en su Código Penal, es decir la casi justificación jurídica del asesinato de las mujeres por parte de sus familiares masculinos directos en caso de que su vida sexual no correspondiera a una decencia determinada por una larga historia de domesticación y opresión. A pesar de ello, la violencia feminicida mexicana rebasa de una manera tan extrema a la italiana que parece una paradoja que sean narradores italianos los que escriban el primer libro de cuentos dedicado al feminicidio en este país.

En México, cada dos días mueren por mano de hombres, por el hecho de ser mujeres, 15 niñas, jóvenes, adultas o ancianas. No todos los asesinos son sus maridos, novios, ex parejas, amantes, padres, aunque muchos lo sean. En México es evidente la existencia de una violencia misógina censurada en el resto del mundo, la que no puede remitirse a ningún vínculo “afectivo” (aunque sea de pésima afectividad) y revela el corte ideológico-represivo, cruzado por motivos económicos, de violencia delincencial, de sumisión laboral, del pretendido derecho de los machos a no dejar que las mujeres invadan su campo, eso es, el mundo que se reservan para sí mismos.

En 2008, Libros Godot publicó *Hotel Juárez. Dramaturgia de feminicidios*, una compilación de once obras de teatro realizada por Rocío Galicia. Entonces Cristina Michaus, Enrique Mijares, Víctor Hugo Rascón Banda, Alan Aguilar, Demetrio Ávila, Antonio Zúñiga, Juan Tovar, Edelberto Galindo, Ernesto García, Cruz Robles y Virginia Hernández, plasmaron escenas para que no fuera fácil seguir usando la que Matteo Strukul llama “palabras para los cobardes”, esas que fingen que no pasa nada con las mujeres en la ciudad de las maquilas, la frontera y los campos algodonereros. Escribieron argumentos

de mujeres fantasmas, de trabajadoras, de migrantes. Expusieron el asesinato con exceso en las marcas de violencia contra el cuerpo de las mujeres. Quizás constaron que la guerra es siempre misógina y que la misoginia es siempre una guerra contra la humanidad.

Las once obras reunidas en *Hotel Juárez* son estremecedoras al punto de despertar pánico supersticioso y, posiblemente, rabias rebeldes. Igualmente, en *Ni una más. Cuarenta escritores contra el feminicidio*, la literatura manifiesta la necesidad colectiva de develar la verdad que el poder oculta con sus mecanismos de control. La prostitución forzada para pagar la migración. Los muros que apresan, las familias que matan, los secuestros de la fantasía, los riquillos que experimentan su impunidad, la prohibición de vivir por sí misma: teatro y narrativa leen la realidad y representan al ser humano en su(s) contexto(s).

En *Ni una más*, sin que sea una regla, las escritoras se han identificado con la víctima, con la madre de la víctima, con su amiga o su abogada, mientras los escritores han descrito minuciosamente las mentiras sociales que permiten a un hombre normal –como dice una amiga a “un normal producto masculino del sistema patriarcal”- convertirse en verdugo, respaldándose en el poder de su masculinidad, de sus celos, de su afán de posesión y control. Fabrizio Lorusso señala cómo un feminicida puede decirse mientras se suicida que la “culpa” de su acto asesino lo tiene la víctima, Raúl Montanari describe un *stalker* u obsesivo observador fantasma, Romano De Marco revela la maldad propia de quien pretende ser creído cuando las evidencias desmienten lo que dice y Marco Vilchi la imposibilidad de soportar la humillación de los posesivos. Alessandro Berselli introduce la dimensión religiosa, el temor al demonio, el odio a lo femenino. Maurizio de Giovanni denuncia al padre que mata, Lorian Macchiavelli, al hermano. Massimo Maugeri revive el pánico del padre ante la posibilidad del asesinato de la hija. Marco Marsullo identifica el arma con el afán de provocar miedo y dolor, Marco Proietti Mancini al violador que goza del poder de dar miedo.

La literatura que denuncia, evidencia, ubica la dimensión feminicida de la construcción social de la masculinidad puede ser cuestionada como verdad, pero entraña una realidad válida.

Las escritoras se refieren al miedo y al deseo de no tener que experimentarlo. También a la sorpresa que causa la traición de quien dice amar y mata. De la inseguridad de vivir en una piel que la sociedad no respeta. De la fuerza no siempre suficiente a la hora de defender a las hijas y los hijos. De la molestia que provocan el control y los celos. De la violencia, más bien las violencias. Del remordimiento de no haber sabido ayudar a otra mujer.

Al escribir, las mujeres ponen en juego no tanto el deseo de destruir, sino la ansiedad que provocan las amenazas, la desolación por las agresiones continuas, el abatimiento por los abusos de poder, la nostalgia por los días de paz. Narradoras capaces de identificarse con las condiciones de vida de quien no tiene poder ni conoce derechos. Francesca Bertuzzi llega a representar en los más brutales detalles lo que es salvar la vida propia. Mariangela Camocardi expresa lo que significa no sentirse nunca a la altura de las expectativas de un victimario. Milvia Comastri se refiere a la responsabilidad con una amiga. Laura Costantini y Loredana Falcone escriben a cuatro manos sobre el pánico de no poder salvar a los hijos. Sin embargo, Marilú Oliva también encarna con fuerza el lugar del asesinato, se transforma en iglesia, en sepulcro, describe la distancia entre los hombres y

sus lugares de culto, casi al querer reivindicar la divinidad sagrada del cuerpo femenino asesinado y escondido.

También Mariangela Camocardi, Gaja Cencarelli, Milvia Comastri, Laura Costantini, Caterina Falconi, Ida Ferrari, Alessia Gazzola, Francesca Genti, Lorenza Ghinelli, Laura Liberale, Elisabetta Liguori, Lara Manni, Marina Marazza, Cristina Orlandi, Flavia Piccinni, Paola Rambaldi, Susanna Raule, Cristina Zagaria y Vittoria A. son escritoras profesionales, muchas han ganado premios y han visto sus obras traducidas a otras lenguas. Ni una sola ha perdido de vista que narrar el feminicidio es afirmar el derecho a la vida propia y de todas. Trazan la historia del amor que no libera y se convierte en una trampa mortal. Tal como la prostitución o el creerse a salvo en un mundo de hombres deseducados a la compasión.

Ni una más. Cuarenta escritores contra el feminicidio no pretende detallar escenarios únicos, todas sus plumas saben que el feminicidio existe en todos los países y en todas las clases sociales. Para presentarse usan una consigna, “Ni una más”, y el término jurídico “feminicidio”, que han sido forjados y explicitados en México.

Parecería una truculenta anécdota literaria, de no haber sido un hecho brutal, que la poeta Susana Chávez, forjadora del lema “Ni una muerta más”, se convirtiera el 15 de enero de 2011 en la primera víctima de feminicidio del año en Ciudad Juárez. Fue abatida por tres hombres jóvenes que conoció en un bar dos horas antes y quienes la invitaron a beber dentro de un domicilio cercano. Ella, que por una década había luchado contra los feminicidios en su natal Ciudad Juárez, bailó, platicó, discutió con sus tres asesinos, antes de que éstos la asfixiaran y arrojaran su cadáver en la esquina de las calles Cristóbal Colón y Ramón Corona.

Cuando la policía la encuentra, a Susana le falta una mano: los tres jóvenes asesinos se la han serruchado. Me pregunto con las palabras de la antropóloga Rita Laura Segato: ¿qué pedagogía de la crueldad adiestró a tres adolescentes a lastimar, torturar y matar sin sentir compasión?

Según la escritora Cristina Rivera Garza, la literatura sirve para combatir la apatía ante el dolor de una sociedad sumida en la violencia. Las palabras pueden honrar a las personas desaparecidas, las narraciones exploran en el duelo provocado por la violencia, los cuentos construyen un camino de entendimiento y de solidaridad.

La traducción, para un público mexicano, de los relatos de las y los cuarenta escritores italianos que han optado por decir “basta al feminicidio”, puede servir también para construir una pedagogía diferente a la de la crueldad: una enseñanza de la empatía con las mujeres, que somos la mitad de todo el género humano. Si las mujeres no podemos vivir libres de violencia, la humanidad entera no puede hacerlo.

Francesca Gargallo Celentani

EN TORNO A ELLA³⁹

Ida Ferrari

Miraba, desde el autobús, un paisaje sin sorpresas en pleno calor de agosto. Estaba sentada y cerró los ojos reclinando ligeramente la cabeza hacia atrás. El joven la observó y se percató de que estaba embarazada. Pensó que la mujer sufría el típico cansancio de su estado.

Se equivocaba. Ella había cerrado los párpados para escuchar más fuerte el grito que, en su cabeza, ya superaba el ruido de la muchedumbre a la hora pico.

La joven está muerta.

El autobús frenó de repente, la multitud se tambaleó, el joven terminó casi encima de ella. La abogada abrió los ojos de par en par e instintivamente puso la mano sobre su panza, protectora.

En su precario equilibrio, algunos jovencitos se sostenían y se carcajeaban. La abogada los observó, asociando la inestabilidad de sus cuerpos con la de ciertas mentes que viajaban en equilibrios aún más precarios, hasta que algo absurdo se sobreponía y el acto liberatorio se cumplía con todo su terror.

La joven fue asesinada.

Ante la noticia, su corazón se había detenido por un instante. Ella era su abogada de oficio, habría tenido que defenderla contra la acusación de calumnia. Pero ahora la joven ya no la necesitaba. *Mors omnia solvit*, la muerte resuelve todo.

Un sentimiento de culpa se había abatido sobre ella como una llamarada improvisa. La idea irracional le sugería que habría podido hacer algo más. Después de haber visto las fotos del jovencísimo cuerpo torturado, el sentimiento de culpa se había vuelto un fuego que quemaba lentamente.

Seis meses antes.

La joven se encuentra en el tribunal, frente al juez, y es interrogada por el fiscal.

La abogada está ahí por casualidad, no es un juicio que esté siguiendo, pero el caso le interesa. Además, la joven mujer sorprende a todos con la fuerza que muestra al responder a las preguntas. Y que la clava al piso. La imagen que recordará es la de una jovencita pequeña, que parece arrogante, tal es la energía (producto del dolor) que pone en sus declaraciones.

Apenas es mayor de edad, es musulmana, pero viste como occidental y habla bien el italiano.

Es muy bonita, tiene una gran cabellera oscura, ojos igual de oscuros e inteligentes.

Se encuentra retirando la acusación en contra de sus padres. Los había denunciado por maltratos; al padre también por abuso sexual.

El juez no le da tregua, entiende que la retractación es evidentemente falsa y coartada. Pero ella se impone, da la impresión de alguien que es intolerante a todas las preguntas, que tiene ganas de irse lo más pronto posible.

—Inventé una grandísima tontería —dice convencida, mirando al padre y a la madre a los ojos.

—¿Inventó? —pregunta el fiscal.

—Sí.

—¿Está segura de lo que dice?

³⁹Traducción de Israel Mireles

—Sí, dije sólo tonterías.

—Nos tiene que explicar los motivos por los que presentó esta denuncia que, dice usted, es falsa.

—Quería salir igual que todas mis amigas, ir a divertirme, bromear, reír.

—¿Sus padres no la dejaban salir?

—No, últimamente no. Desde que me escapé la última vez, no, ya no podía salir porque también empecé a fumar y esto va en contra de mi religión.

—Quiero saber qué pretendía obtener denunciando falsamente a sus padres. ¡Explíquenos!

—Quería irme de mi casa.

—Disculpe, usted presenta una denuncia falsa diciendo que su padre la toca, abusa sexualmente de usted, que la golpean y la maltratan. ¡No es poca cosa!

—Sólo hasta ahora me di cuenta de la gravedad.

La joven empieza a llorar. No es un llanto sumiso, es un llanto de rabia.

El fiscal no le da tregua, entra en detalles. El interrogatorio prosigue con ritmo veloz, le preguntan sobre la escuela, ella responde que la última vez la abandonó porque estaba harta de asistir. Vuelve a estallar en llanto.

—¡No llore! —dice el fiscal.

—Si me dan ganas de llorar, lloro.

—¡No, no llore y diga la verdad!

—Pues sí lloro. Discúlpeme, pero prefiero salir un momento.

El presidente del tribunal la detiene.

—Espere. Tranquila, no se asuste.

—¿Si usted me asusta cómo hago para no asustarme?

—Si ha dicho falsedades debía llorar primero. Si usted hizo esto, cometió además un delito que se llama calumnia.

Ella no se detiene ni siquiera frente a esto, sigue retractándose. No deja lugar a dudas.

Tanto el fiscal como el juez albergan todavía fuertes dudas sobre la sinceridad de la joven, por lo que el fiscal se juega el todo por el todo y le pregunta:

—¿Qué le prometieron sus padres para que viniera a contar lo que, según usted, es la verdad?

—No me prometieron nada, yo decidí por mí misma.

Después de ese día, la abogada recuerda de vez en cuando a la delgada joven, su rabia, el peso sobre sus hombros. Una carga hecha de rebelión ante una cultura que ya no le pertenecía, ante palabras que habían salido distintas de como habían entrado, porque los discursos de los padres, digeridos y arraigados, habían sufrido transformaciones inalterables. Sin embargo, una jovencita dispuesta a retirar las acusaciones. ¿Por qué? Quizás porque un alejamiento definitivo era un peso difícil de soportar, una carga que doblegaba hombros aún frágiles.

Mientras tanto, la abogada sigue otros crudos juicios penales, tiene un trabajo que la pone delante de las peores cosas, de cuerpos torturados, de abusos y sufrimientos. Y fuera de todo esto, en contraste con los días oscuros, recibe la grata noticia de estar embarazada, de que tendrá una niña. De inmediato elige para ella un nombre sencillito: Anna. Y se la imagina con un buen carácter, sin complicaciones. Porque en la vida ya hay suficientes complicaciones.

Después de algunos meses.

Como si tras bambalinas se hubiera bosquejado un diseño, que comenzó el día en que, por casualidad, asistió al juicio de la joven y que luego había retomó sin saberlo, le notifican de un aviso de conclusión de la averiguación previa en contra de la misma joven.

Ella será su defensora de oficio.

Sí, porque después de retractarse, los padres fueron absueltos, pero la fiscalía decidió proceder en contra de la hija. Cargo: calumnia.

La abogada la busca, sólo tiene la dirección de la casa de los padres y es ahí a donde manda la notificación. No recibe respuesta.

Y no está lista para la sorpresa.

Pocos días después, en su oficina, aparece de repente y en silencio la madre de la joven. Acompañada de su hijo menor.

La mujer lleva ropa islámica, tiene la mirada perdida, no habla italiano, al menos no frente a ella, se vale de su hijo para la traducción. Quiere saber qué significa esa carta que llegó a su casa, por medio de la policía.

La abogada busca en sus ojos una preocupación, en el tono de su voz una señal de mujer a mujer, de madre a casi madre. Pero la voz es monocorde, la mirada fija, el rostro inmutable. El muchacho explica que su padre está esperando abajo, en el auto. ¡Ah, eso lo explica todo! Ninguna iniciativa por parte de la mujer, es él, el padre, el único que tiene el poder de decidir, de manejar las emociones, de controlarlas.

La abogada no lo acepta, decide actuar de la manera más ética posible, explica que su hija ya es mayor de edad, puede tratar sólo con ella, pregunta si la puede localizar.

La madre despierta del torpor, responde irritada que la joven ya no vive con ellos, vive con un italiano, pero no sabe dónde. Después madre e hijo se van.

Dos meses después.

Las fotos de la joven son como puñaladas en el corazón de la abogada. Una ejecución anacrónica, tal es la crueldad sobre ese pequeño cuerpo. Que fue golpeado muchas veces, sobre todo en el cuello donde están las heridas mortales, en los brazos donde se hallan las lesiones de defensa, en su intento por proteger el rostro. Y heridas en el rostro mismo porque es imposible protegerse de un arma tal. El arma es un gran cuchillo de cocina.

El asesino es el padre, él mismo se ha entregado.

Aquel día, la joven vestía pantalón de mezclilla, un cinturón, una camiseta de colores. Calcetas deportivas y un piercing en la nariz. Los brazos cruzados sobre el pecho.

Ésta es la joven que murió asesinada. Pero en internet circulan las fotos de ella viva.

Bonita y, siempre, sonriente.

La abogada piensa que, quizás, su revolución comenzó porque no era capaz de aguantarse las carcajadas.

Sabe que su padre no quería esas carcajadas. Enloquecía con la idea de una hija rebelde.

Ella sin velo. Ella fumando. Ella mostrando el ombligo. Ella huyendo de casa y trabajando.

Una hija demasiado rebelde. Demasiado, demasiado rebelde. Una que debe ser domada cueste lo que cueste.

Algunas paradas más antes de llegar al consultorio del ginecólogo que la esperaba para el ultrasonido. Anna pateó, una, dos, tres veces. Reclamaba la atención de su madre. Pero ella no

se daba tregua, pensaba que, aquel día en el que otra madre había entrado en su despacho, habría podido hacer algo más, llamar al padre de la joven, convencer de alguna manera a los padres de cambiar su actitud hacia ella. Una ilusión, cierto. El milagro no habría sucedido, lo sabía. Porque nada es tan simple. Y sin embargo, el no haberlo intentado la hacía sentirse mal, estaba convencida de que la línea continua del diseño se había interrumpido gracias a ella.

Ni siquiera había logrado defender a su joven cliente en contra de la acusación de calumnia. Muerte del reo. Amén.

Pero mientras bajaba, mientras se dirigía a ver a su hija a través del ultrasonido, le vino a la mente que aún podía hacer algo. Algo entre ella y la joven; una sutil huella de justicia en ese diseño incompleto.

Después de otros dos meses.

El día del juicio, la abogada está en el hospital. Tiene fuertes cólicos, fue internada. Aún no es el momento de ver a su Ana, la que será su parte feliz, que equilibrará la pesadez de los días con la ligereza de la inocencia. Aún es muy pronto, falta casi un mes, pero de ahí no puede moverse y delega a una colega para sustituirla.

La mujer sufre en el hospital. Mientras tanto, en el tribunal, un juez justo, el que junto a ella ha decidido enmendar el nombre de la joven, sostiene una apasionada requisitoria. Habla de dignidad, de una obligada indemnización a su reputación.

La mano tras bambalinas ha retomado el trazo. Sólo mucho más tarde, con la condena definitiva del asesino, el diseño podrá considerarse concluido.

Pero por ahora...

...la joven ya no es culpable de calumnia.

Ninguna muerte del reo.

Sólo la muerte de una inocente.

Ida Ferrari nació y vive en Brescia. En 2012, publicó con un seudónimo una novela negra dividida en dos volúmenes para la editorial Armando Curcio Editore. Ha publicado cuentos en revistas femeninas (*Donna, Madre*), otros cuentos aparecen en antologías como finalistas de concursos (Lama e trama, Natale in Noir, Chi ha ucciso Lucarelli, Voci di donne). Ganó el concurso Image Le Bistrot 2012 y obtuvo el tercer lugar del Turno di Notte 2011. Ha escrito artículos para los sitios Blogosfere y L'AngoloNero. Trabaja medio tiempo en un banco.

DIENTE POR DIENTE⁴⁰

Francesca Bertuzzi

Tengo un diente flojo en la boca. ¿Qué es? ¿Una muela? Tal vez. Como sea, es grande. Recuerdo que cuando V era pequeña y se me empezaban a aflojar los dientes de leche, se lo tenía que decir de inmediato a mamá. Le aterrizzaba que me tragara uno entero y terminara ahogándome, así que, apenas se movía un dientito, ella ponía en práctica todas las estrategias para sacarlo antes de que se cayera solito. A veces lo enredaba con hilo dental y lo jalaba con fuerza. Era la técnica que yo más odiaba, porque nunca lo lograba al primer jalón. Era más eficaz cuando intentaba con las pinzas. Veía estrellitas, pero sólo era un momento y todo terminaba. La encía desnuda y blanda... el sabor dulzón.

No te tragues el diente. Eso es en lo que debo concentrarme ahora. Si es una muela grandota, como creo, existe el riesgo de que se me atore en la garganta. Qué pesadilla morir ahogada.

La punta dura de la suela del zapato golpea donde duele el diente. Hubiera apostado que me daría otra vez ahí. La cabeza se me va de lado. Trato de controlarla forzando el cuello en dirección opuesta, pero de todas maneras la cabeza choca contra la pared. Cierro la garganta de tal modo que no me trague el diente que se desprende y uso todas mis fuerzas para escupirlo lo más lejos posible. El sabor a sangre en la boca y el aturdimiento de la patada en la cabeza. Sin embargo, quién sabe por qué, ni siquiera siento el dolor. Tal vez hoy realmente recibí demasiados. La lengua quisiera meterse en la casilla vacía para sentir la encía expuesta. Una epifanía que me lleva de regreso a aquéllos que, desde donde estoy ahora, en el suelo en un charco de sangre y orina: me parecen cientos de años atrás, a mi infancia. Si encuentro la muela, la pongo bajo la almohada y espero al ratón de los dientes. Sonrío. Mierda, sonrío de verdad. Si se da cuenta... se dio cuenta. Me jala del cabello. Me agarro de su muñeca para evitar que me lo arranque por mechones. Odio tener que ponerme el tupé hasta que vuelva a crecer. El tupé pica demasiado y siempre estoy ahí rascándome, la gente ha de pensar que ni siquiera me baño. Cierro los ojos y pongo duro el estómago porque, en esta posición, le debe ser más fácil darme un golpe en la panza. Pero no hace nada. Abro los ojos y vuelvo a ver su cara, y el tufo que exhala, a tan corta distancia. Me está mirando como si no me reconociera. Está en confusión mental. Conozco al bastardo. Ha vuelto a beber demasiado y ahora ha entrado en confusión mental. Debo tener el rostro hinchadísimo. Siempre se espanta después de una golpiza de las buenas. Y es entonces, cuando me suelta y retrocede. Trato de levantarme por mí misma, pero mis piernas están demasiado blandas como para sostenerme. También les sucede a los boxeadores profesionales. Los veo en la televisión. Siempre sé, por las piernas, quién está por caer a la lona. Si ya no aguantan más, las rodillas los abandonan y los doblan más de lo debido. Te debilita aguantar golpes, sobre todo en la cara, y así, cuando suelta la presa de mi cabello, me desplomo toda floja y termino con las nalgas en el suelo y la espalda contra el muro. Jadeo y me siento muy, muy cansada. Si los chicos no estuvieran ahí arriba me dormiría aquí en el garaje y tan tan. Pero están los chicos. Lo que significa que no puedo quedarme dormida, también porque, si me quedo quieta, cuando despierte correría el riesgo de que el dolor me entumezca el cuerpo. Bien que lo sé. Una vez, jugando, mi esposo intentó imitar un movimiento de karate que había visto en una película. Terminó rompiéndome una costilla. Me quedé sin aire durante media hora y al final

40 Traducción de Mauricio Ronquillo

me convenció de ir a cocinar y, para colmo, esa noche hice lasaña, que no es algo que se haga en un dos por tres.

Luego me fui a dormir y cuando desperté, ni siquiera lograba levantarme de la cama. Con la experiencia viene la virtud. ¿No se dice así? Probablemente no. De cualquier modo, ahí están los chicos, así que ahora debo organizarme mentalmente. Si me levanto y me doy un baño, primero con agua tibia y luego con agua fría, la cara se me deshinchará bastante. Claro, tal vez, del lado en el que perdí el diente no quedará muy bien. El reloj en la pared me dice que todavía tengo dos horas para bañarme y preparar la cena, esperando que el bastardo, después de haber bebido como una esponja y haberme golpeado como a un costal, esté demasiado lleno de alcohol y bilis como para desmayarse al menos hasta mañana... o por siempre. ¿No sería genial si se desmayara para siempre?

No recuerdo cómo es la vida sin esperar tener heridas que curar y moretones que esconder... A mí, no es que ya no me importe, para ser sincera. Para mí, estaría bien si las cosas fueran siempre como hoy. En fin, soy como uno de esos jugadores que entran a un casino y el dinero que apuestan sobre la mesa verde, ya lo consideran perdido. Yo soy como ellos. Aposté mi vida, pero terminó por dar tanto asco que si me la quitaran me daría igual. Pero los chicos no. Cuando se mete con ellos, no. Llego a probar esa horrible sensación que me daba al principio conmigo misma. Llego a sentirme pequeñita y petrificada por el miedo, desorientada, impotente. Qué cosa tan horrible es la impotencia. Soy una mujer impotente. Como él dice, soy una débil. Como él dice, doy asco. Y me lo merezco... me merezco todo esto y hasta más. Sí, porque no los he protegido. ¿Soy mejor que él? Qué estúpida pregunta, porque la respuesta es no. Sólo que no encuentro una manera de impedirlo. De verdad no encuentro una salida. Siento que los muros de esta casa no tienen ventanas y yo no tengo la clave para abrir la puerta y largarme. Tal vez antes de que llegaran los chicos todavía podía hacerlo. Pero sabes, cuando algo te concierne solamente a ti siempre hay una motivación para quedarse. Piensas que generalmente es lindo, excepto cuando bebe. Entonces, esperas que no beba. O bien te equivocaste sonriéndole a ese pinche tendero. La próxima vez no sonrías y verás que no te pasa nada. Pero cuando no te pasa sólo a ti, los golpes hacen más daño. Cada vez parecen más injustos. Por ejemplo, cuando nuestro hijo tenía cuatro años, le soltó un puñetazo que me hizo desmayarme del dolor. De todas maneras, si me fuera de aquí, tendría miedo por mí y por ellos por los siglos de los siglos. En cambio, sólo debo esperar a que crezcan, lo suficiente como para irse, y luego volverá a ser un asunto entre él y yo y, como dije, yo renuncié completamente a algo para mí desde hace tanto tiempo que ya ni siquiera lo recuerdo.

Pero estoy perdiendo el tiempo y no está bien. Voy a levantarme y apurarme, si es que lo logro. Las escaleras. El pasillo, caminando de puntitas, porque si los chicos me ven así... dos vueltas de llave a la puerta del baño. Y luego el tú por tú con el espejo. Creo que ésta no va a desaparecerse con agua caliente y fría, maldita sea. Lo siento. Lo siento. Lo siento que por mí todo sea así, lo siento tanto. Me quisiera perdonar por lo que me he hecho. Mi cabello parece estopa vieja, paja rubia calcinada. Lo ha arrancado por mechones. Los labios parecen víctimas de una reacción alérgica. La piel hinchada y amoratada da asco. La mejilla se hinchó, y los capilares rotos propagan un negro gangrenoso. Me contemplo en el reflejo. ¿Dónde estoy? ¿Dónde quedó mi cara? ¿En qué pinche alcantarilla me metí?

—Mamá, tengo hambre. ¿Me puedo hacer un sándwich?

—Sí, está bien prepáratelo... pero no tan grande que ya vamos a comer.

Abro la regadera y me siento en el piso.

Abracadabra, haz que él desaparezca en un instante.

Ratón, ratón de los dientes, agárralo y llévatelo lejos.

Espejito, espejito dime una cosa, ¿podrías aventarlo al fondo de una fosa?

Oh, genio de la lámpara, regrésame mi vida y hazlo sucumbir debajo de un tráiler antes de que sea mañana.

Me levanto y me masajeo el cuerpo. Limpio el vapor del espejo y no me veo mejor que antes. Pego los pedazos del tupé a mi cabeza con los pasadores. El efecto se ve postizo pero cubre lo que debe cubrir. Maquillaje en los moretones, pero para la hinchazón no hay nada que hacer.

Salgo con mi mejor sonrisa. Mi hijo mayor me observa y veo la impotencia golpearlo en la cabeza. Sus ojos se humedecen, el mentón se le levanta mientras endurece la mandíbula. Aprieta los puños.

—¿Dónde está?

—Déjalo en paz, pobrecito, duerme. ¿Quieres bistec para cenar?

—¿Término rojo, mamá?

Sonríó un poco más. Al menos lo intento, pero mi hijo no aguanta y vomita ahí, en el pasillo. Produzco ese efecto. Buena chica.

Regreso al baño por la cubeta y trapeo todo y esterilizo el piso y no dejo rastro. En la mesa no se habla mucho. Los niños tienen la cara larga. La pequeña se pone a llorar mientras juguetea con las papas. El grande está pensando en lo que yo estoy pensando. Me queda claro. Así es con los hijos. Lo llevé en el vientre, y no es cualquier cosa. Tiene el cuchillo de la carne en la mano y lo aprieta tan fuerte que los nudillos se le ponen blancos. Aún no ha comido nada, pero contempla la sangre que sale del bistec de tal forma, que me dice exactamente lo que está pensando. Yo pienso igual que él. Ahora todo me queda bastante claro. Yo soy el ratón de los dientes. Yo soy la reina de este reino, el genio de la lámpara y el abracadabra mágico.

De pronto, mi primogénito levanta al fin la mirada del plato.

—¿Sabías que es justo, mamá? También lo es para la biblia.

Asiento con toda la fuerza cristiana de este y de aquel otro mundo.

—Pero ahora come, luego lo pensamos.

Así, terminamos la cena y llevo a los pequeños para arriba. Caminamos despacito, para que no se despierte. Si se despierta y aún no se le ha bajado es peligroso, porque no se controla, un perro desquiciado. Un perro desquiciado debe ser sacrificado, pienso mientras jalo las cobijas hasta la barbilla de mi niña que ya cerró los ojos. Los ronquidos que retumban en el pasillo me dan seguridad. Cuando sé dónde está y sé que duerme, todo está bien. Si durmiera por siempre, todo estaría de maravilla. Salgo con un cigarro en la boca y lo enciendo. Cada bocanada es un pensamiento, cada pensamiento es una revelación. Mi hijo también sale al porche y se sienta en la mecedora junto a mí.

—Te debo una disculpa—le digo.

—No es tu culpa.

—Sin embargo, sí lo es. Pero ahora mamá se va a encargar, ¿Está bien?

—No, no está bien. Debo hacerlo contigo.

Volteo y miro su rostro, ese rostro tan amado, de hijo enojado. Yo también le puse esa semilla en el cuerpo, pero extirparla no está dentro de mis posibilidades. Doy la última bocanada mirando el cobertizo.

Después me levanto y él me sigue, fiel, la mejor parte de mí. Tal vez sea egoísta pero lo quiero tener cerca, lo debo tener cerca porque, como él dice, yo soy débil, pero mi hijo no. Él es el que viene en el nombre del señor a reivindicar ojo por ojo.

Caminamos hacia el cobertizo.

La sensación que experimento es que mi cuerpo se convirtió en espíritu. Ligerero en materia pero pesado de angustia. Hace frío pero en realidad no lo siento, todo está adormecido. Todo tiene la mecánica de las decisiones tomadas, a las que nunca más se regresará, porque es así como debe ser. La pequeña hacha en mis manos pesa por justicia. Siento a mi hijo al lado, pero ya no lo miro. No puedo. Para llegar hasta el final, no lo tendré que mirar, sino no podré permitirlo, sin embargo, debe suceder.

Atravieso la puerta de la casa y me viene una imagen de mí a los veinte años, vestida de novia, y él cargándome en sus brazos. Subo las escaleras de madera, con el peso del arma idéntico a aquél de esa vez que las subí, regresando del hospital, con mi hijo recién nacido. Sigo el desagradable sonido que emite del letargo alcohólico. Abro la puerta y veo la deformidad de su cuerpo. Me llega el olor rancio a borrachera. Sé que a mi lado está mi hijo, pero es como si fuera mi sombra, como si no fuera real. Estoy en la cabecera de la cama y veo su cráneo con entradas. Levanto el hacha y cae rompiendo la sandía de su cabeza podrida, una, dos, tres veces. También mi hijo está haciendo algo horrible, junto conmigo, pero no sé exactamente qué. Sé que tiene un martillo. Sólo sé eso. El hacha se me cae de las manos y agarro a mi sombra por el brazo y salimos de la recámara. Y, frente a mí, mis hijos más pequeños me miran espantados.

—No es mi sangre.

Y suspiran con alivio.

Sólo mi sangre cuenta en sus venas.

—Vayan al jardín.

—Pero papá...

—Ya no es un problema.

Los niños van. Tomo otro cigarro, le doy uno a mi hijo el más grande y nos los vamos a fumar en el porche, hasta que las luces azules y rojas nos iluminan los rostros de asesinos.

Ha pasado el tiempo.

El bien y el mal nunca se han confundido.

Lo que nunca olvidaré es cuando, el primer día del juicio, me senté en la sala y miré a mis hijos y me di cuenta de que ya no estaba, ya no había ningún motivo para tener miedo.

Un día.

He visto frente a mí la libertad, un día de éstos.

Francesca Bertuzzi nació en Roma en 1981. A los 22 años consiguió la maestría bienal en Teoría y técnica de la narración, en la Scuola Holden de Turín. Asistió a un taller de dirección dirigido por Marco Bellocchio y Marco Müller. En los últimos años se ha dedicado a la escritura cinematográfica, ganando premios y reconocimientos internacionales con diversos cortometrajes. Dirigió y montó el *backstage* de la película *Vallanzasca—Gli angeli del male* de Michele Placido y actualmente está trabajando en dos guiones cinematográficos con producciones internacionales. Con la editorial Newton Compton debutó en 2011 con *Il carnefice*, que tuvo gran éxito, ganando incluso el premio *Letteratura e cinema Roberto Rossellini* en 2011. En 2012, se publicó, siempre con Newton Compton, *La paura*, su segunda novela negra.